

denadas", conferencia dictada en el ciclo "Bajo el cielo colombiano", Cinemateca Distrital de Bogotá, 1995, pág. 60]

A través de esta recopilación de artículos, que de otra manera estarían dispersos, difíciles de localizar, la palabra de Luis Alberto Álvarez sigue viva, vigente como un evangelio, aunque duele comprobar que ya no esté para aprenderle más, pues no es común que un país cuente con alguien con tanto para dar, con tantas ganas y convicción de la necesidad de hacerlo. Su desaparición empobrece nuestra visión del mundo, nuestro sentir del cine.



El último capítulo del libro, "Una imagen del cine", incluye doce fotografías en blanco y negro, que si bien hacen referencia a algunas de las películas o autores comentados en alguna parte de los artículos, refleja una investigación gráfica poco rigurosa. La calidad de la impresión fotográfica no es buena, y la selección parece corresponder al hallazgo fortuito de fotos en algún cajón de los archivos de Álvarez. Tal vez si llevaran otro título, algo así como "Entre las preferidas del autor", se justificaría mejor su selección e inclusión. Los pies de foto indican el nombre de los actores, pero informan más sobre la fuente de donde fueron tomadas que sobre la foto misma; no aparecen los títulos originales de las películas, en algunos falta el país o la fecha. Me explico: de *El primer beso* (1896) —cuyo título original es *The Irving's Kiss in May*—, saltamos a *Confesión a Laura* de Jaime Osorio —faltan el año de producción y el país (1990, Colombia)—. Siguen *La lista de Schindler*, *Refugio para el amor*

(1990) de Bertolucci, *El olor de la payaya verde* (1993), *El espíritu de la colmena* (1973), *Lo que queda del día* (1993), Federico Fellini (1977), *La strada* (1954); Jean Renoir (sin fecha), *El navegante* (1924), Audrey Hepburn (1953).

El artículo "Trenes y cine" (pág. 32), que se presenta como inédito, fue publicado en el *Magazín Dominical* de *El Espectador* en 1995.

Páginas de cine es un libro imprescindible para quienes aman el cine, se sienten atraídos por él o simplemente se preguntan por qué es buena una película más allá del gusto personal. Las palabras que el mismo Álvarez utilizó para referirse al libro *La aventura del cine en Medellín* de Edda Pilar Duque, caen como anillo al dedo para concluir esta reseña:

Me parece importante recomendarles este texto a los lectores comunes y decirles que no se trata de una disertación académica para curiosos especializados sino un libro entretenido, documentado, lleno de datos desconocidos. Estoy seguro de que lo disfrutarán mucho, máxime que su precio es relativamente accesible y no produce remordimientos de conciencia. [pág. 83]

MARÍA LUCÍA
CASTRILLÓN

La imaginación no es competencia del Fondo Monetario Internacional

Gabriel García Márquez:

La vocación de un narrador

de los eventos de la cotidianidad

Revista *Anthropos*, 187, Barcelona, noviembre-diciembre, 1999, 112 págs.

Es corriente en cualquier escrito sobre García Márquez que las primeras frases digan más o menos siem-

pre lo mismo: que se ha escrito tanto sobre Gabo que no vale la pena añadir algo más a lo ya dicho, aunque, sin embargo, en este caso en especial se hará una excepción a la regla... y bla, bla, bla.

Como se desprende del título de este número de la revista *Anthropos*, de Barcelona, se trata de una edición monográfica que debiera llamarse en realidad poligráfica, si es que lo mereciera. Pero no lo merece. En primer lugar, nunca nos dicen quién es el autor de la sección editorial que ocupa casi la mitad de la revista; aunque no importa. Tal vez lo hayan hecho, o hayan evitado hacerlo, por simple vergüenza. Porque es malo. Un sartal de largas citas de autores como Isaacs, Sarmiento, Valle Inclán (típica referencia americanista para los españoles), Borges (cuándo no), Cortázar, Roa Bastos, Saramago, Jorge Edwards, Pedro Gómez Valderrama, junto a otras muchas, por supuesto, de *El olor de la guayaba*, o de ese catálogo de anécdotas que es *El viaje a la semilla* de Dasso Zaldívar, así como algunas tomadas de *Cómo aprendió a escribir* García Márquez de Jorge García Usta, el libro que empezó a destacar la presencia de Clemente Manuel Zabala en Cartagena, que es uno de los tópicos que ahora están de moda, cuando ha bajado la fiebre por el otrora tan cacareado "Grupo de Barranquilla". Todo está aderezado, como en una ensalada, con extensos pasajes del libro de Carmenza Kline, *Los orígenes del relato. Los lazos entre ficción y realidad en la obra de G. G. M.*

A esta parte de la revista la salvan a medias no solamente la larga fila de trozos de Gabo sino también la frase de Manuel Rivas, que aparece de pronto y casi fuera de contexto: "La Literatura sigue teniendo una capacidad subversiva porque la imaginación no es competencia todavía del Fondo Monetario Internacional". Tampoco están mal algunas frases de Bryce Echenique en defensa del escritor latinoamericano (la mirada paternalista de la madre patria todavía condesciende, así se trate de García Márquez —al fin y al cabo, un

colonizado cultural— a dar alguna resonancia al grito del indio oprimido que clama independencia). Gozamos de pronto cuando advertimos algún divertido *quiproquo*: el verbo arrollador de Rojas Herazo lo convertirá en uno de los más fascinantes y agudos “conservadores” del país, y uno que otro “error de ortografía” en el texto del presentador, a pesar de toda su “hortodoxia”.



García Usta cuenta cómo algunos amigos de Gabo, encabezados por Rojas Herazo, llevarían a Dámaso Alonso en 1948 varios cuentos suyos, que desde luego cayeron en manos de una autoridad apenas inferior a la de Menéndez y Pelayo en materia de heterodoxia, con resultados nada halagüeños para el novel prenobel.

* * *

Resulta cuando menos patético constatar los intentos que por explicar de mil maneras a García Márquez aparecen en las extensísimas bibliografías y tediosas tesis de grado que se expanden como rollos de papel higiénico por el mundo entero. Aquí, desde luego, no faltan la enfadosa cronología, como lo son todas, y que nadie lee aunque se hayan vuelto insoslayables en cualquier volumen monográfico, por alguna desgraciada convención editorial, elaborada en el presente caso por Gerald Martin, así como una bibliografía de Gabo y otra “about Gabo”, que intenta apenas resumir, por fortuna, el *Repertorio crítico* de Cobo Borda (1997), con “un poco más de medio centenar de títulos” y a la cual considera el autor ya “excesiva”. Esto me recuerda aquello de Borges sobre

Séneca: “En una de sus admirables epístolas a Lucilio hay una dirigida contra un individuo muy vanidoso, de quien dice que tenía una biblioteca de cien volúmenes; ¿y quién —se pregunta Séneca— puede tener tiempo para leer cien volúmenes?”. Por lo demás, he repasado varias veces todas las cartas de Séneca a Lucilio y desafío a que alguien encuentre esa cita borgiana en algún lugar de la obra del pensador romano.

Toda esta parafernalia es echada por la borda con una simple y sobria explicación del propio Gabo que vale por montañas de estudios: “El mundo se divide entre los que saben contar historias y los que no”. Y sólo acierto a añadir que Gabo replicaría, como tantas veces, que él sólo quiso contar los cuentos de su abuela y nada más. Pero a mí personalmente se me hace un nudo en el estómago cuando leo que alguien que se pretende serio se pregunta aquí si una novela de García Márquez “contiene sobre todo una crítica de la vieja sociedad oligárquica y al final sugiere un mensaje esperanzado”. Y eso lo escribe aquí un anglosajón que termina con esta perla: el tema del incesto “a un nivel expresa un juicio algo pesimista acerca de la condición humana, la visión de una Caída en un estado de desarmonía que se repite en cada generación y que constituye algo intrínseco a nuestra vida. A otro nivel indica la tendencia de ciertos grupos detentores del poder a decaer desastrosamente por rechazar la regeneración desde fuera”. ¿Para qué seguir?

Me limitaré, para continuar, a citar de nuevo al propio Gabo (*La poesía al alcance de los niños*) en un texto que cualquiera puede encontrar en las *Lecturas amenas* de Darío Jaramillo Agudelo, para responder a casi toda esta revista: “Desde hace años colecciono estas perlas con que los malos maestros de literatura perverten a los niños. Conozco uno de muy buena fe para quien la abuela desalmada, gorda y voraz, que explota a la Cándida Eréndira para cobrarse una deuda, es el símbolo del capitalismo insaciable. Un maestro católico enseñaba que la subida

al cielo de Remedios la Bella era una transposición poética de la ascensión en cuerpo y alma de la Virgen María. Otro dictó una clase completa sobre Mr. Herbert, un personaje de algún cuento mío que le resuelve problemas a todo el mundo y reparte dineros a manos llenas. ‘Es una hermosa metáfora de Dios’, dijo el maestro. Dos críticos de Barcelona me sorprendieron con el descubrimiento de que *El otoño del patriarca* tenía la misma estructura del tercer concierto de piano de Bela Bartok. Esto me causó una grande alegría por la admiración que le tengo a Bela Bartok, y en especial a ese concierto, pero todavía no he podido entender las analogías de aquellos dos críticos. Un profesor de literatura de la escuela de letras de La Habana destinaba muchas horas al análisis de *Cien años de soledad*; y llegaba a la conclusión —halagadora y deprimente al mismo tiempo— de que no ofrecía ninguna solución. Lo cual terminó de convencerme de que la manía interpretativa termina por ser a la larga una nueva forma de ficción que a veces encalla en el disparate. Debo de ser un lector muy ingenuo, porque nunca he pensado que los novelistas quieran decir más de lo que dicen...”.



Y así continúa, en idéntico tono, esta exasperante revista. Tenemos un artículo (callo por piedad el nombre de la autora), deplorable a fuerza de manejo de la jerga constructivista, estructuralista o no sé qué cosa. Son los términos consabidos para enredar a los incautos: mimesis, concretidad (sic), marginalidad, el rizoma (hasta hoy yo creía que se

trataba de un término exclusivo de la botánica). las figuras tópicas del extrañamiento, la fetichización, equiparando desde lo Igual, desconstuyendo (sic) la mirada del Otro (ese Otro con mayúscula con el cual los profesores de literatura intentan intimidar a cualquiera con la fuerza del tamaño de su Autoridad); allí nos cuenta que la estrategia política (??) de García Márquez consiste en mostrar los mecanismos de la exclusión (?). Pero no es mejor otro artículo, al que el anónimo presentador califica de "importantísimo ensayo", acerca del erotismo femenino como centro de referencia y la desautorización del padre: *Gabriel García Márquez: desautorizando al padre y centrando el erotismo femenino*, cuyo sólo título ya anuncia que va a hablar de la psiquis de la autora mucho más que de la de Gabo. Baste un pequeño trozo como muestra: "Su obra ya es posmodernista al poner hincapié en la heterogeneidad, en la discontinuidad y en la interrupción del mundo ontológico que implica que Colombia o América Latina conllevan un tipo de heterotopía en que muchos órdenes diferentes se combinan en una relación no necesariamente simbólica...". Etcétera. ¡Pobres estudiantes de literatura! ¡Pobre literatura! Pero le pueden echar la culpa a Derrida, supongo, pues por ahí en alguna parte sale a relucir la *différence* derridiana. Sospecho que dentro de cincuenta años nadie sabrá qué era —ni a nadie se le dará un arquite saberlo— la *différence* derridiana. En suma, un horror.

El tema del incesto en Faulkner y García Márquez de Donald L. Shaw señala similitudes entre los dos autores (un tópico del que están llenas las universidades norteamericanas) para terminar diciendo que el tono es muy distinto. Eso ya lo sabíamos. Pero nos ilustra con pedante sabiduría: "Se pudiera argüir que los Buendía representan una estirpe o un clan oligárquico decadente, amenazado al final por un proletariado que se va formando...".

Luego de estos espantos, afortunadamente, viene un ensayo de José Miguel Oviedo. Es curioso pensar

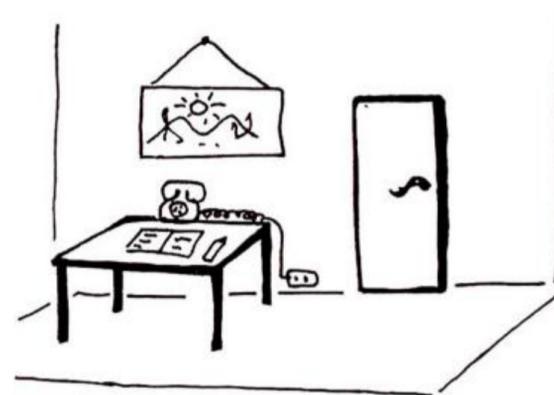
cómo a los que arman una revista les da lo mismo mezclar en un salpicón a Oviedo con cualquier cosa. Juicioso, su análisis del laberinto de la soledad no solamente es comprensible sino serio e imaginativo. Propone una hipótesis sugestiva: que el Bolívar de *El general en su laberinto* quizá esté parcialmente inspirado o modelado sobre la imagen que suele proyectar Fidel Castro: un líder de alcance continental, obsesivo en su prédica antiimperialista, en su antieuropeísmo y en su retórica caribeña. No obstante, me pregunto si no será al revés, y si acaso haya sido Fidel el amoldado...

Erotismo y poder en El otoño del patriarca, de Carlos Sánchez Lozano, habla de sexualidad fascista y cosas del mismo calibre. *Miles de páginas a modo de prólogo*, de Pedro Sorela, es toda una lección de "realismo mágico" que nos cuenta que Jorge Eliécer Gaitán era "un indio milagrosamente llegado a una plausible línea de salida para la presidencia de Colombia" o que la de Rojas Pinilla fue "una dictadura de tipo bananero, sin duda, pero blanda si se la compara con las dictaduras continentales que vendrían después". Habla de Antioquía, no la de Asia Menor sino la de Colombia, y no deja de traernos a la memoria los juicios de Unamuno sobre Silva, que, aunque despistados, por lo menos eran inteligentes... ese tipo de colonialismo retrasado por el que creen los europeos tener licencia para publicar en letras de molde suignorancia sobre las cosas de América.

* * *

Pero lo valioso, quizás, en esta recopilación, es la coordinación de Conrado Zuluaga, que a veces parece una intervención quirúrgica de última hora destinada a intentar salvar in extremis al enfermo desahuciado. Me atrevo a afirmar que a Zuluaga no podemos imputarle la selección de los textos a pesar de que él casi que toma a su cargo la culpa por la ausencia de una participación activa e inédita de Gabo en este número, como es de rigor en este tipo de homenaje monográfico. Se publi-

ca apenas algún breve trozo de García Márquez como *La soledad de América Latina*, aunque no nos advierten aquí que no es otra cosa que el discurso de recepción del premio Nobel, aparentemente escrito por Álvaro Mutis (por no decir que con absoluta certeza, pues existe la confesión de ambos involucrados en el asunto), pero esto tampoco se le cuenta al lector. Casi todo lo bueno en este número proviene del esfuerzo y del libro de Conrado Zuluaga, *Puerta abierta a García Márquez y otras puertas* (1982). Lo demás, lo que el mismo Zuluaga aporta, una *Biografía intelectual de Gabriel García Márquez*, a la que subtitula *Ideario poético*, es también de calidad. Las mejores citas también son de Zuluaga. "Les tengo una mala noticia —dice García Márquez en frase que bien podría aplicarse a casi todos los colaboradores de este número—, el talento se tiene o no se tiene. Se puede educar, cultivar, pero no adquirir".



En *La violencia en la obra de Gabriel García Márquez* de Carmenza Kline, citado a menudo a lo largo de toda la revista, se nos recuerda una declaración de Gabo a Semana en 1985: "El problema de la paz en Colombia no es el de la guerrilla. Es el de la violencia política que viene desde los comuneros. En Colombia no ha habido prácticamente un día sin guerra civil". Constato que una por una las tres frases son falsas y que no le faltaba razón a Octavio Paz cuando decía que en materia política Gabo sólo repite eslóganes para un mundo que cree que el que sabe hacer las mejores empanadas también debe ser el mejor jugando damas chinas.

Pero también, en el pajar de esta revista, y acaso gracias al coordinador, hay agujas, y el que se duerma corre el riesgo de picarse cada diez páginas.

El de Esperanza López Parada, por ejemplo, es un artículo inteligente acerca de ese señor muy viejo con unas alas enormes, “a medio camino entre serafín y gallinazo”, como bien dice la autora.

En *Cien años... veinticinco después*, Eduardo Camacho examina, con su habitual agudeza, el origen del término *realismo mágico*, inventado probablemente en los Estados Unidos, a partir quizá de una expresión tomada de la crítica pictórica... Él preferiría, sin embargo, hablar de “costumbrismo mitológico”. En cualquier caso, Camacho dice más en una página que el presentador en cuarenta.

La poesía en la obra de García Márquez, de Juan Gustavo Cobo Borda, como es habitual en él, se convierte en un juego de amplias y deliciosas referencias literarias. ¿Dónde diablos se agazapa la poesía? Como decía Molière: ¿dónde diablos se va a esconder la virtud?, y menciona, como curiosidades pertinentes, en dónde la encontraba Carranza, si no en “los ojos que se miran a través de los ángeles domésticos del humo de la sopa”, o dónde Jorge Rojas, si no en una greguería: “Las sirenas no abren las piernas porque se quedaron escamadas”, o dónde Daniel Arango, si no en un endecasílabo perfecto puesto al degaître en la vitrina de un almacén: “Realización total de la existencia”.

Este artículo también está muy por encima de lo demás y nos reitera en pocas palabras que hay mucha más poesía que violencia o que conflictos con el padre en la obra de Gabo.

Michael Palencia-Roth, uno de los mayores estudiosos de Gabo, escribe *La religión de la estética en Gabriel García Márquez*, análisis de *La santa*, uno de los *Doce cuentos peregrinos*, no sin antes recordarnos que, de los trece cuentos del libro, Gabo aparece en diez como escritor, en primera persona. Este cuento tiene por lo menos cinco encarnaciones: las notas periodísticas “La larga vida feliz de Margarito Duarte” (1981),

“Roma en verano” (1982), “La penumbra del escritor de cine” (1982) (en la revista, por error de transcripción, se la menciona dos veces seguidas en la pág. 90), la cuarta es la película de Lisandro Duque, *Milagro en Roma* (1988) y la quinta, definitiva al parecer, el cuento *La santa*. Y se refiere específicamente a su técnica de “poetización del ambiente” en una realidad construida de fantasías que no sé por qué se me asemeja a la de la beatificación de Elián, el niño balserito cubano. “García Márquez —termina el ensayo— lleva ya más de cuarenta años luchando en vida por su propia canonización”.

* * *

En alguna parte Darío Jaramillo Agudelo hablaba de García Márquez para los que no saben dónde queda Colombia... Esta revista monográfica servirá para aquellos que no saben dónde queda el mundo, y quizá muchos de ellos vivan en España. Cambiemos de tema, como para curar el alma ulcerada, porque éste ya se va volviendo enfadoso. Nada mejor que cerrar, para volver a la magia, con una cita de García Márquez, de *El olor de la guayaba*: “Hay un momento en que todos los obstáculos se derrumban, todos los conflictos se apartan, y a uno se le ocurren cosas que no había soñado, y entonces no hay en la vida nada mejor que escribir”.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

Dos antologías

Antología de la poesía colombiana

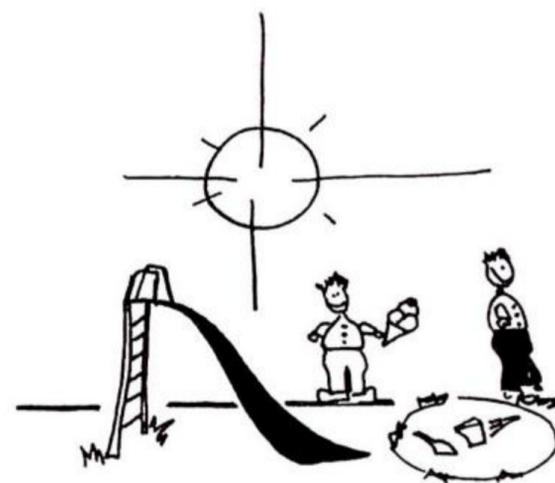
Fernando Charry Lara

y Rogelio Echavarría

Biblioteca Familiar de la Presidencia de la República, Bogotá, 1996, 2 vols.

La tarea de reseñar una antología de poesía implica una serie de problemas que no pueden ser pasados por alto. Una antología es —por definición— una obra heterogénea. En

ella se juntan poemas de diversos escritores de distintas épocas que representan estéticas diferentes. En parte por eso, la lectura de una antología no es normalmente una lectura de corrido sino una lectura parcial en la que en uno u otro momento se busca un poema concreto o un autor determinado del que se ha oído hablar y que aún se desconoce. O, también, un libro que se ojea a la espera de algún pequeño descubrimiento o a la caza de algún ejemplo representativo de una u otra época.



En ese sentido, emprender el juicio global de una obra tal es algo que implica una lectura que se aleja bastante de la lectura que haría un lector corriente a quien normalmente no le interesa la antología como tal sino los poemas que están incluidos en ella. El reseñista, en cambio, tiene que concentrarse en la antología como totalidad y fijar una serie de parámetros para juzgarla que para muchos acaso sólo tengan un interés meramente académico.

Para esa tarea, es más fácil enfrentarse a una obra como la *Antología crítica de la poesía colombiana* (1975) de Andrés Holguín, que no se limita a hacer una selección sino que especifica a través de comentarios amplios los criterios de la misma, que a la obra que ahora me ocupa, la *Antología de la poesía colombiana* publicada hace unos años por la Biblioteca de la Presidencia de la República en la que la selección, hecha por Fernando Charry Lara, para el primer tomo que va desde los siglos coloniales hasta el primer cuarto del siglo XX, y por Rogelio Echavarría para el